

Josefina Aldecoa

El enigma



«Ahora, el tiempo les había arrastrado uno hacia el otro, sacudidos por un vendaval de amor violento y de consecuencias imprevisibles». La vida del profesor Daniel Rivera se ha edificado a partir de una serie de renunciadas y mentiras que le ayudan a enfrentarse con el mundo. Un matrimonio sin amor y un trabajo sin demasiados alicientes son el marco en que transcurre su existencia cotidiana.

La aceptación de un contrato temporal para enseñar en una universidad estadounidense está en el origen de un torbellino de nuevas experiencias que avivará antiguas ilusiones. Ahora, entre Daniel y su esposa, aparece Teresa, una mujer culta, sensible y dispuesta a construir una relación perfecta, un amor apasionado y también exigente. Esta esclarecedora novela de Josefina Aldecoa explora la capacidad del amor para cambiar a las personas, a la vez que descubre las posibilidades y los escollos de una relación entre hombres y mujeres iguales, decididos a cimentar su unión más allá del engaño y la costumbre.

Primera parte

Al entrar en el avión sonrió a la azafata. En un viaje largo era conveniente establecer un lazo superficial pero agradable con la que iba a ser cuidadora solícita, proveedora, cumplidora de cualquier pequeño servicio. Avanzó hacia su asiento comprobando los datos de la tarjeta de embarque. Dobló la gabardina y la colocó en el maletero sobre su cabeza. Luego extrajo de su cartera los periódicos y revistas y la dejó caer cerca de él, en el suelo, apoyada en la pared del avión. Ventanilla era una elección obligada, un antídoto contra la leve angustia claustrofóbica que le producía la duración del vuelo. Al girar para sentarse, alcanzó a ver en el asiento posterior al suyo un rostro de mujer que le observaba. Sonrió y él le devolvió la sonrisa. «Buen comienzo», se dijo, porque era una cara joven y graciosa. Lástima, una pena que no hubiera sido su compañera de viaje más cercana. Todavía no estaba ocupado el asiento a su lado. La muchacha a la que él había sonreído parecía una estudiante. Sí, seguramente iba como él a una universidad. Podía ser su primer viaje para incorporarse a un curso concreto. Sin saber por qué pensó que era española. Pero una inmediata reflexión le hizo razonar que era difícil, sólo por el físico o por el aspecto, deducir su nacionalidad. Eran tan parecidas las formas de vestir, la soltura al dirigirse a otra persona aunque sólo fuera con una sonrisa... Pensó en Isabela y en su despedida breve y seca. Estaba llegando el momento de cortar definitivamente. Porque ella empezaba a olvidar las reglas del juego. Entraba inesperadamente en su despacho con cualquier pretexto. Había llegado a colarse en el curso

de doctorado sólo para verle y observarle durante un rato y deslizarse fuera cuando se cansaba y comprobaba que allí no pasaba nada especial. Se había vuelto celosa y agresiva y estaba perdiendo por momentos el interés que había despertado en él su vivacidad, su alegría, su inteligencia despierta y ávida de saber, su admiración constante hacia él y hacia todo lo que él decía o escribía.

Una somnolencia invencible le asaltó. Cerró los ojos. Necesitaba descansar. Los últimos días habían sido tensos, cargados de entrevistas y compromisos. La noche anterior apenas había dormido. Se había entretenido revisando las conferencias y la bibliografía del curso, las fichas fundamentales. Y luego estaba el equipaje personal. La discusión con Berta. Este traje no. Los zapatos Sebago. Mejor la chaqueta de cachemir puesta; no se arruga. Discutían. Berta había terminado con uno de sus arrebatos histéricos. «Para qué opinaré, para qué me preocuparé por ti, si no te importa nada lo que yo digo...». Resonaba en sus oídos la última queja, el último reproche. El recuerdo de Berta ahuyentó su sueño.

Él había tratado de ser cariñoso y se mostró persuasivo y un punto melancólico. «Al fin y al cabo van a ser cuatro largos meses separados, Berta. Será duro para los dos...». Y tomándola por la cintura la llevó hasta el sofá, sirvió hielo en las copas, las llenó de sus alcoholes favoritos, *whisky* él, *ginebra* ella. Brindaron y se miraron a los ojos como hacían cuando eran muy jóvenes, antes de los niños y el trabajo en la Universidad, cuando él todavía estaba preparando la tesis y tenían poco dinero y muchos proyectos y Berta que siempre fue igual, desde luego, desviaba sus irritaciones hacia los otros, hacia los que creaban dificultades o les ayudaban poco... Brindaron, pero Berta estaba silenciosa y en seguida apareció entre sus cejas la arruga del descontento, de la discrepancia, el impulso amargo que le impedía respetar el pacto, la tregua, durante un espacio de tiempo por breve que fuera. «No será duro para los dos», había dicho.

«Será duro para mí...». Un ramalazo de ira sacudió a Daniel ante el recuerdo de la noche anterior, ante el comentario de Berta que le había hecho exclamar: «Nunca estarás contenta con nada. Sabes que voy a ganar un dinero que nos vendrá muy bien, que te vendrá muy bien a ti, que siempre piensas en términos económicos. Te quedas con los niños, cerca de tu familia y tus amigas, sin nada especial que hacer. Y yo me voy a un lugar desconocido a medir mis fuerzas con aquella gente del Departamento de Español que espera de mí algo nuevo y original, algo que les explique la situación del momento en España y sus repercusiones en la literatura...». Era igual. Berta se fue a la cama sin aceptar su juego de marido cautivador, su papel de hombre abrumado por la separación y por la grave responsabilidad que le esperaba al otro lado del océano. Cuando él decidió retirarse, ella dormía profundamente pero sus sueños no habían borrado el ceño fruncido de malhumor.

Absorto en sus pensamientos, apenas se dio cuenta de los preliminares del vuelo, las advertencias, los saludos, las bienvenidas a bordo de la tripulación. Mantenía los ojos cerrados cuando la azafata le ofreció algo de beber y él aceptó con una sonrisa. Luego suspiró y estiró las piernas, decidido a relajarse, a disfrutar del momento: la copa, la película, la promesa de una experiencia estimulante que le esperaba con toda seguridad al final de su viaje. Daniel Rivera, catedrático de Literatura en la Universidad de Madrid, poeta en su primera juventud, después ensayista, crítico, conferenciante, colaborador en diferentes revistas. Daniel Rivera, cuarenta y ocho años, casado, dos hijos, navegaba por el aire rumbo a Nueva York para seguir viaje volando desde New Jersey a una prestigiosa Universidad de los Estados Unidos de América.

Las tardes todavía eran calurosas a finales de agosto. Teresa ordenó sus papeles y apagó el ordenador. Durante unos

minutos hojeó el texto impreso momentos antes y alcanzó la carpeta que reposaba sobre un archivador para guardar en ella las hojas. «*Thanks God is Friday*», se dijo. Y sonrió para sí misma. La vieja costumbre de la revista, «gracias a Dios es viernes». Y la alegría de la despedida, el intercambio de informaciones sobre los planes del fin de semana. Los ordenadores, los papeles, las pruebas de imprenta, todo en reposo durante cuarenta y ocho horas. Por un momento, Teresa sufrió un breve ataque de nostalgia. ¿Había acertado con esta huida? ¿Sería de verdad una solución este regreso a unos años atrás cuando su padre vivía aquí y trabajaba en la Universidad y ella era una estudiante sin otra responsabilidad que aprobar cursos y elegir temas para sus trabajos universitarios, pasar horas en la Biblioteca de la Universidad, asistir a las fiestas de fin de semana con los amigos de entonces? Nueva York había significado tanto para ella. Allí habían vivido los primeros años, cuando sus padres decidieron emigrar en busca de un lugar en el mundo que les permitiera vivir en libertad, que les abriera horizontes a los tres, al padre, a la madre y a la niña que ella era. Recordaba siempre el deslumbramiento que les produjo la gran ciudad, adivinada, anticipada en las películas que llegaban a aquella España triste y aislada de la posguerra. El padre, ignorado en los medios universitarios, dando clases en academias de bachillerato, corrigiendo galeras para editoriales modestas, trabajando en tesis doctorales para otros que pagaban muy bien, en aquella época.

Teresa recordaba aquel exilio elegido, propiciado desesperadamente a través de amigos republicanos, que ya estaban instalados en distintos países de América. Toda aquella vieja historia quedaba atrás, archivada en su memoria. Lo reciente era el abandono de su trabajo, de su apartamento, de su vida neoyorquina que colmaba tantos deseos y esperanzas. La huida, dejando atrás un matrimonio fracasado. El disgusto del padre y de Beatrice, la mujer que

había ocupado el lugar de su madre al morir ésta y que había sido la más generosa de las madrastras.

Tenía que cortar el remolino obsesivo de dudas, preguntas, contradicciones. De una cosa estaba segura: nunca, por nada del mundo regresaría a aquella etapa que precedió a la ruptura. Jamás, aquel periodo de presiones de los que la rodeaban, de temor a dar un paso equivocado. Finalmente había conquistado la paz en este oasis universitario donde había recuperado el aroma de su adolescencia. Cuando el primer trabajo serio de su padre les había permitido instalarse en esta vieja casa, en este antiguo granero que un arquitecto había convertido en un hogar confortable y sofisticado.

El sol se retiraba hacia el oeste sobre los árboles frondosos y cobrizos del bosque. Brillaba con fuerza porque aún el verano se resistía a desaparecer y el aire seco se convertía en una ligera brisa a esa hora de la tarde. Teresa consultó el reloj y comprobó que su divagación había durado demasiado. Tenía el tiempo justo para darse un baño, vestirse y disponerse a asistir al cóctel de John Bernard, el *chairman* del Departamento de Español. Un cóctel para festejar el comienzo cercano del cuatrimestre escolar. Y también para dar la bienvenida a un profesor invitado que había llegado de Madrid días antes.

En el cóctel había mucha gente. John Bernard le iba presentando a unos y a otros. Se movían entre los grupos, se detenían. En las conversaciones, los idiomas, los nombres, imposibles de retener, se mezclaban. Parejas. Apellidos ingleses, alemanes, italianos. Varios hispanos. Una pareja de argentinos. Un peruano. Una pareja de mexicanos. En ese momento alguien reclamó a Bernard, que dijo:

—Perdón, vuelvo en seguida...

La mexicana se dirigió a Daniel y entabló con él una conversación mientras su marido saludaba a un conocido.

—Soy Ángela... Mi marido enseña en la Universidad. Yo estoy trabajando sobre los pintores mexicanos actuales y la influencia que ejerce sobre ellos el arte precolombino...

Ángela sonreía dulcemente.

—Qué interesante —dijo Daniel. Y observó que el *chairman* le hacía un gesto desde lejos. Cuando fue a disculparse con la mexicana, ésta hablaba ya, en inglés, con una mujer, una desconocida, como todos los asistentes al cóctel.

En esa fiesta, en ese primer contacto con la gente de la Universidad y del Departamento con los que iba a convivir más o menos estrechamente, una leve sombra de nostalgia le turbó. En aquel salón por cuyos ventanales entraba la luz del final de la tarde, Daniel se sintió solo, ahogado en un mar de sonidos. El murmullo de las conversaciones, la música al fondo, las risas que el alcohol elevaba hacia tonos cada vez más altos. Un desatado afán de comunicación desprovisto de inhibiciones por un tiempo, el tiempo que durara el festejo...

Una mujer mayor, con melena pelirroja ondulada y traje también rojo, avanzó sobre unos tacones altísimos hacia Daniel. Llevaba una copa vacía en la mano, se detuvo ante él y dijo:

—Dora.

Él contestó:

—Daniel.

Mientras, Dora, alegre y excitada, le cogió por el brazo y exigió:

—Por favor, venga a tomar otra copa...

Y le arrastró entre la gente que permanecía de pie y se retiraba a su paso sin interrumpir, más que con una sonrisa maquinal, su atención al interlocutor de turno.

Una vez ante la mesa del bufet, Daniel se relajó, tomó la copa servida por el barman, se volvió hacia Dora, que le es-

peraba, y avanzó con ella hasta sumergirse en el centro de la reunión.

La fiesta estaba en todo su esplendor. Los invitados se apiñaban en pequeños grupos, unos en el salón, otros en la terraza y el jardín iluminado que rodeaba la casa. Los canapés y las copas se renovaban continuamente. El rumor de las conversaciones subía de tono a medida que el tiempo pasaba. La noche del viernes se perfilaba alegre y distendida. El cóctel era ya un éxito porque cumplía todos los requisitos: mucha gente, espacios totalmente ocupados y el calor del alcohol animando las conversaciones.

Daniel era el centro de un grupo y luego de otro. Se esforzaba por hablar en inglés pero sonreía agradecido cuando se dirigían a él en español.

Teresa observaba al profesor Rivera. Bernard se lo había presentado al llegar y no había vuelto a tenerlo cerca hasta ahora mismo, cuando Dora Davies le conducía hasta una nueva copa que ella seguramente necesitaba.

Sin dudarle, se abrió paso hasta Dora y el grupo de amigos que la rodeaba y se dirigió a Daniel con naturalidad.

—Vamos —le dijo—, le buscaré un rincón tranquilo.

Y le condujo hasta un ángulo del salón en el que, milagrosamente, había un claro y el pequeño sofá que ocupaba ese claro estaba vacío.

Cuando Daniel entró en su apartamento, el teléfono sonaba:

—¿Sí? —preguntó.

Y la voz de Berta añadió un punto de aturdimiento a su dolorida cabeza:

—... *Te he llamado hace una hora pero no estabas. Según mis cálculos son las dos de la madrugada, ¿no?... ¿Qué pasa, que tenéis cursos de noche?... Hombre, como me llamaste el primer día y no has vuelto a dar señales de vida... No, no pasa nada especial, sólo quería comprobar*

que tenía bien el número de teléfono... ¿Ah, una fiesta? Pues para fiesta la que tengo yo montada aquí. No me funciona el calentador de agua y sale helada. Menos mal que dentro de dos días dejamos la sierra y nos vamos a Madrid... Para preparar los colegios, la ropa, la casa, todo... Además, aquí no va a quedar nadie... Por cierto, te ha llamado, y no sé quién le habrá dado el teléfono, una de esas niñas de las tesis que quiere tu dirección. Yo no se la he dado... Tú verás... Ah, ¿sabes lo que me ha dicho Lola? Que Luis y Carmen se separan... Típico del verano... No sé por qué. A lo mejor sabes tú más que yo, ¿no?... Bueno, si no tienes nada más que decirme te dejo que esto sube horrores... Los niños bien, claro... Llámame cuando tú quieras.

Al colgar el teléfono, Daniel suspiró. La conversación con Berta le había trasladado por un momento a Madrid, al mundo que acababa de dejar atrás.

Luis y Carmen. En principio su separación era una buena noticia. Ya no había que salir con ellos cada dos o tres viernes y aguantar sus estúpidas charlas. Las mujeres hablaban de sus cosas, se aislaban de ellos. Y ellos trataban de encontrar temas de conversación sin conseguirlo. Luis repetía siempre la misma gracia: «¿Qué tal, campeón? ¿Para cuándo el Nobel?». Si bebía dos copas de más se quejaba de la vida que llevaba. El trabajo, el dinero, la pequeña política de la empresa en que trabajaba... «Yo quería ser arquitecto —se lamentaba—, arquitecto de grandes obras: mercados, campos de fútbol, fábricas. Pero no pude con la carrera y luego en casa no me ayudaban nada. Así que me quedé en aparejador». Luis deprimía a Daniel. De hecho Carmen era la amiga de Berta. Ella había aportado esa pareja y otras dos que constituían lo que Daniel llamaba la parte opaca de su vida social. Alguna vez había tratado de explicárselo a su mujer. Ella asentía y aparentemente comprendía. Pero luego se rebelaba contra él y atacaba a las gentes que él valoraba y los horribles cócteles literarios, las presentaciones de libros y las conferencias que la exasperaban y le pro-

ducían una especie de rencor sordo contra un mundo que la aburría.

Lo cierto es que a él esos festejos no le gustaban y le producían, como las salidas de los viernes, una insatisfacción, un vacío, una desolación infinita. Sólo cuando se reunía con unos pocos amigos y charlaban libremente de asuntos interesantes, podía olvidar el color gris de su vida. Entre el rechazo a una y otra práctica social, planeaba la consciencia de que en algún punto del camino se había equivocado y ya para siempre sería víctima de ese error.

El silencio a su alrededor era total. Campus Place era un lugar tranquilo a esas horas. Los profesores y los estudiantes casados que ocupaban los apartamentos de su edificio dormían ya o regresaban en silencio de sus noches del viernes.

Daniel abrió la ventana. El aire fresco traía aromas vegetales, húmedos unos y con un soplo de tierra caliente, otros. Daniel se apoyó en el alféizar y contempló la luna, en lo alto, el cielo oscuro y protector, las sombras lejanas de los árboles. Respiró hondo varias veces y cerró a medias la ventana. Luego, decidió acostarse, apagó la luz, cerró los ojos y al poco tiempo se quedó dormido.

El almuerzo en el comedor de profesores de la Universidad había sido agradable. John Bernard, Daniel, Teresa y dos profesores responsables de los niveles superiores de Español.

Durante el almuerzo Daniel había preguntado a Teresa:
—¿Qué hace usted exactamente en el Departamento?

Y ella se había echado a reír y había pedido ayuda a Bernard, que lo explicó en seguida.

—Teresa es nuestra Teresa. Vino de Nueva York casi adolescente, con sus padres. El padre es un especialista en el Siglo de Oro y trabajó en esta Universidad varios años. Luego regresaron a Nueva York y hace unos meses Teresa

decidió volver al hogar vacío: una casa muy hermosa que nunca han querido vender... Y aprovecha para utilizar sin limitaciones nuestra espléndida Biblioteca.

Daniel parecía interesado y cuando volvió a preguntar: «¿Investigación? ¿Historia?», fue ella la que contestó.

—Trabajo para una revista de Humanidades. La edita y mantiene mi madrastra Beatrice Hoffman, una mujer muy interesante que trabajó cuando era joven en el equipo de Eleanor Roosevelt... Pero ahora, aquí, estoy trabajando en un libro...

Salieron juntos del comedor y pasearon durante un tiempo por la avenida central de la ciudad universitaria.

Teresa preguntó a Daniel:

—¿Usted qué va a hacer? Si va a su apartamento puedo acompañarle. Yo vivo en el pueblo y tengo que pasar necesariamente por Campus Place...

Daniel asintió y ella dirigió sus pasos hacia un amplio paseo de castaños y tilos. Cada árbol exhibía a sus pies una ficha metálica con el nombre latino, la familia, el origen.

—Parece un jardín botánico —dijo Daniel.

—Es un bosque botánico —afirmó Teresa—. Fíjese en el tamaño de estos espacios que se extienden alrededor de cada edificio. Es un lugar maravilloso para pasear, sobre todo en otoño. Hay caminos trazados como un laberinto, pero se sale siempre a un sitio conocido...

Caminaron en silencio lentamente y de pronto Teresa dijo:

—¿Qué planes tiene usted para el fin de semana?... El último antes de que empiece el curso...

Daniel dudó un instante y luego dijo:

—Nada, no he pensado hacer nada especial...

Entonces ella se detuvo y se quedó mirándole interrogante.

—¿Le gusta a usted el mar? ¿Le gusta el Atlántico?

Daniel, sorprendido, asintió con un movimiento de cabeza y se apresuró a reforzar su gesto con un:

—Muchísimo, me gusta mucho el mar.

Teresa continuó andando y añadió:

—Pensaba que quizá le apetezca venir a mi casa de la playa. Está a unas cuatro horas de aquí... Pienso ir este fin de semana con unos amigos...

Un rubor juvenil había teñido el rostro de Daniel al oír la primera parte de la proposición: «Quizá le apetezca venir a mi casa de la playa...».

Pero se había recuperado en seguida, cuando la invitación quedó completa... «Con unos amigos».

—Me encantaría. Muchas gracias —dijo. Y siguieron paseando en silencio.

Derrumbado en su sillón, con un libro en la mano, incapaz de concentrarse en la lectura, Daniel volvía una y otra vez a su reacción ante Teresa. ¿Por qué, a su edad, con su experiencia social, su constante trato con compañeras y alumnas, con mujeres de amigos, con mujeres en general, había reaccionado con ese patético rubor de adolescente? ¿Por qué esta mujer le desconcertaba y le hacía reaccionar tan torpemente ante cualquiera de sus inesperadas observaciones?

Ya el primer día, el día de la bienvenida en casa del *chairman*, ella, Teresa, le había dedicado una atención especial durante un rato. Le había rescatado de la insistencia obsequiosa de la mujer de rojo, para llevarle a un ángulo tranquilo del salón y, allí, se había dedicado a interesarse por su trabajo, sus temas en los cursos de Literatura, sus autores preferidos, la situación actual de la cultura en España en este momento de gobierno socialista, tan deseado al parecer por una mayoría. Saltaba de un tema a otro con soltura. Y lo curioso, lo que le sorprendió ya ese día fue que de pronto se lanzara a hacerle preguntas personales, superficiales, es verdad, pero directas. «¿Tiene usted hijos? Y su mujer ¿en qué trabaja?». Para luego, sin duda, asom-

brarse, a juzgar por su silencio, cuando él explicó que no, que Berta era simplemente ama de casa, madre, «la eterna cuidadora del hogar y su fuego», dijo él queriendo hacer una broma ligera de lo que a Teresa le parecía, seguramente, inconcebible. Porque ella no objetó nada ni a favor ni en contra de su situación matrimonial. Tras un momento de silencio había hablado de sí misma. No tenía hijos, y estaba divorciada desde hacía meses.

—Y ésa es la razón por la que he vuelto en busca del tiempo perdido... Pero sobre todo huyendo —había añadido— de Nueva York y las gentes de su ambiente —entre las cuales estaba su exmarido.

Justo entonces se había acercado a ellos un hombre alto y fuerte, con aspecto juvenil y pelo blanco. Teresa se lo presentó.

—Philip es profesor de Historia Contemporánea y este año da un curso en la Universidad.

Philip le dijo que había conocido al padre de Teresa por un trabajo que él, Philip, había publicado, precisamente sobre la guerra española...

Sonriente, le había ofrecido:

—Si le interesa se lo haré llegar al Departamento...

Mientras hablaban, Daniel contemplaba a Teresa y se sorprendió estudiando su belleza. Era una mujer atractiva pero no espectacular. «Belleza a segunda vista», se dijo Daniel. La mirada inteligente, el tono de voz. Una mujer segura de sí misma, desde luego. Libre, autosuficiente..., que se habrá quedado de piedra cuando ha descubierto que el profesor Rivera, llegado con una aureola de prestigio, colaborador en revistas importantes, conferenciante serio y riguroso está casado con una burguesa tradicional que no trabaja y se dedica sólo al hogar. Por qué si no su silencio, su ausencia de un comentario convencional, como por ejemplo: «Qué bien, es tan difícil para una mujer trabajar y tener hijos a la vez, hay que elegir y quizá su mujer ha estado acertada con la elección...». Pero no, se encastilló en su

silencio, sorprendida o decepcionada, y allí seguía hablando con Philip y aparentemente olvidada de él, de su anterior cordialidad al rescatarle de la mujer de rojo, al hacer de algún modo de anfitriona auxiliar de John Bernard que en aquel momento se acercó, con su mujer Elisabeth, y ésta cogiéndole de la mano le obligó a levantarse y a acompañar a ambos hasta la puerta del salón donde le esperaban para despedirse una pareja de alemanes, que querían invitarle para el próximo jueves a un concierto en el *hall* de la Universidad...

A través del océano, la voz de Berta llegó hasta su mesa de trabajo. Daniel sostuvo el auricular con una mano y con la otra se apretó la frente mientras escuchaba.

—*Te llamo para que hables seriamente con Javier... Con los exámenes de septiembre encima y no da ni golpe... Claro, como tú no te ocupas. Parece mentira que seas profesor y no controles los estudios de tus hijos... Ahora te lo paso y le dices lo que te parezca porque yo, sola, ya no puedo más... Ah, y por cierto, quería recordarte que a finales de mes me pasan la factura de la moqueta del salón que está quedando preciosa, pero dime si quieres que paguemos con un cheque o les digo que esperen porque ya saben que tú estás fuera, en Estados Unidos... Oye, ayer me llamó Carmen para ver si tú sabías algo, si me habías dicho a mí algo de Luis, si tú crees que tiene a alguna por ahí porque ella está muy mosca. Al parecer él le dice que quiere separarse por una temporada porque tiene una crisis y necesita tiempo para poner en orden su cabeza... Y yo le he dicho: «Pareces tonta, hija, qué poco sabes de la vida»... Aquí está Javier, te lo paso...*

Una casa maravillosa. Daniel recordaba haberla visto en numerosas películas. No ésa, pero sí otras muy parecidas. Una